

# UNA HOMILIA

(En ocasión de los caídos de Yalí)

*Por Uriel Molina Oliú, OFM.*

Todos los días, al leer el periódico, al escuchar las noticias por la Radio, el mismo rostro de la muerte nos salta a los oídos y a los ojos, siempre en primera plana: El pasado jueves fueron 23 combatientes del pueblo muertos, caídos en Yalí; de un grupito de 32 no quedaron más que nueve con vida. A veces sólo nos dicen los periódicos, como en los recientes ataques por Las Segovias, cuántos contrarrevolucionarios cayeron, para que nuestras propias muertes nos depriman menos. En Corinto acaba de haber otra vez tres herido, uno de ellos estaba ayer todavía gravísimo, marinos de una nave sandinista en lucha contra las "pirañas". En la zona de Somotillo vuelve a perecer esta semana pasada una niñita de un año, Etelvis Larina Cárdenas. En la Cooperativa "Las Brisas," 5 Km. al Sur de la comarca El Pájaro, departamento de Matagalpa, fueron asesinadas por los contrarrevolucionarios dos mujeres campesinas, Rosa Salgado y Eleofa Pérez, y heridas otras dos, y 13 campesinos fueron secuestrados, sorprendidos todos ellos mientras dormían.

Casi todos los días perecen niños inocentes, mujeres, civiles. Y sobre todo, mueren sin cesar jóvenes soldados.

Hoy me he puesto a meditar sobre esos muertos. Particularmente sobre esos soldados muertos. Sobre los que salieron de mañana sin saber si iban a regresar todos por la noche a sus puestos. Como escribe el autor de "La montaña es algo más que una inmensa estepa verde. . ." : "Se nos planteaba la interrogante de cada quién, cuando íbamos callados en el vehículo, en la noche, que nadie te va viendo la cara, que nadie sabe lo que vos vas pensando, uno va barajando, porque vos sabés que no es una película, como en algunas películas en que al final aparecen todos los actores que participaron en el close-up congelados, incluso los muertos; nosotros, por el contrario, sabíamos que algunos no íbamos a volver. . . y claro, tampoco sabíamos cuánto tiempo iba a durar la película. . ."

Cuando esos soldados salen de noche o de mañana a hacer frente al enemigo, saber que algunos de ellos van a caer y que aquí va a ser de verdad, que no va a ser como en las películas o en el teatro, que al final todos los actores, incluso los muertos, van a salir a saludar al público, a recibir los aplausos y las flores. Cuando salen al combate, salen, eso sí, como dice el mismo autor, "con una gran moral, porque sabíamos que nos estábamos metiendo a una empresa que estábamos seguros iba a triunfar. . . lo que no sabíamos es quién de nosotros iba a verla triunfar, porque efectivamente, algunos de los que viajaban allí, cayeron".

Yo veo salir a esos soldaditos, jóvenes y tiernos, que han dejado a sus madres y a sus novias en su pueblo, en su ciudad, para subir al monte, a los calores y los sudores y las privaciones de la guerra, veo salir a esos jóvenes que cada día ponen los muertos en nuestra Patria. . . Veo los ataúdes en hilera de San Rafael, y allí por vez primera en mucho tiempo un Obispo que les da las últimas bendiciones. Veo a un sacerdote de origen italiano, la foto la trajeron también todos los periódicos (o casi todos, digámoslo en honor a la verdad. . .) veo a ese sacerdote italiano llorando como un niño mientras celebraba la misa ante aquellos ataúdes, todos iguales, porque en la Patria se sigue muriendo en serie, todos pobres y sencillos, porque esas viudas, esas novias tristes son casi todas del pueblo de los pobres, del pueblo que siempre en la historia tiene el privilegio de poner el dolor y de ponerle los muertos a la historia para que la Historia se vaya haciendo, y de niña sin experiencia pase a ser una historia adulta y grave. . . Esos pobres son los que ponen el dolor, y las separaciones, y las lágrimas, y la soledad. La soledad de todos aquellos para los cuales todo quedó en unas fotos, unas cartas, unas prendas de vestir que se guardan como recuerdo.

. . . ¡ Tantas Madres dolorosas ante el cadáver de sus hijos! ¡Tantas madres todavía llorando detrás del féretro de sus hijos, camino del cementerio! . . .

Y yo pensaba: Todos esos que mueren, que dan la vida cada día por Usted y por Usted, y por mí, y por los hijos de Usted y por mi madre y por mis hermanos, para que sigamos teniendo una Patria Libre, todos esos tuvieron que morir. Para ellos no vale aquello de "Patria Libre O morir", sino ¡Patria Libre PARA USTEDES, y para NOSOTROS, m o r i r. Patria libre Y morir, que la Patria siga siendo libre y para ello morir yo! . . . Al pen-

sar en ellos yo pensaba si todos esos tienen algo que ver con Jesús que murió para darnos la libertad y si todas esas madres llorosas tiene algo que ver con aquella su Madre bendita que sufrió los dolores del Hijo al pie de la Cruz y que sufrió la soledad sin el Hijo amado, después de verle morir ajusticiado.

Cierto que muchos de ellos, pensaba yo, que muchos de esos muertos habrán sido fieles cristianos, creyentes, que pensarían que su muerte era un servicio no sólo a la Patria sino también a Dios. Pero ¿no habrá algunos como de segunda categoría, algunos cuya muerte no puede ser transfigurada por una fe que ellos quizás no tenían, o que tal vez, incluso, rechazaban? Y ¿qué será de esos? ¿habrá también para ellos un cielo, en ese más allá incierto? ¿Se podrá decir de ellos lo que decía el Libro de la Macabeos: "Felices los muertos que mueren en el Señor. El espíritu les dice desde ya que descansen de sus fatigas: porque sus obras les seguirán". ¿Qué obras son las que pueden seguirles después de muertos, me preguntaba yo, si la vida les ha dado poco tiempo para hacer muchas obras, si el final de su corta vida se lo han pasado en la guerra, tirando tiros, tal vez matando, porque la guerra no era sólo de película, donde al final todos los actores saludan al público, sino que hay muertos de verdad y hay que matar de verdad? Con estos pensamientos, mis hermanos, me adentré por el Evangelio, por la Palabra de Dios, en busca de una respuesta. Empecé a leer San Mateo, el primer evangelista y me lo recorrí enterito. Me lo leí del principio al final pensando en esos muertos, en esas madres, en esos féretros diarios de nuestra Patria, siempre con un soldadito dentro y la bandera de la Patria encima. Lo primero que encontré fue el Sermón de las Bienaventuranzas: "Alumbra así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los Cielos" (5, 16). Y todavía me quedó la duda: Sí, lo que hace la hermanita, la enfermera, lo que hago yo como sacerdote, lo que hace el que da de comer al hambriento y de beber al sediento, eso sí, eso sí son buenas obras, pero. . . ¿será también una obra buena empuñar el arma y apuntar, apuntar a matar, y disparar después, porque aquí no es guerra de película? Dios mío, ¿podrá ser eso, por lo menos en este caso, una obra buena, para que yo pueda como sacerdote consolar a esas madres diciéndoles que sus hijos fueron buenos, a pesar de su uniforme y de sus botas de soldado, y de sus armas de soldado? ¿Por qué van a ser buenos los que matan desde nuestro lado, y van a

ser malos los que disparan y matan desde el lado contrario? No nos dicen nuestros Obispos: Condenamos la violencia venga de donde venga? ¿Serán todas las v i o l e n c i a s iguales?

Entonces seguí leyendo a San Mateo, era todavía el sublime sermón de la Montaña: "Nadie puede servir a DOS SEÑORES, pues o bien odiará a uno y querrá al otro, o estará unido a aquél y despreciará a éste: no podéis SERVIR A DIOS y AL DIOS DE LA RIQUEZA" (6,24).

Aquí si que me dije: No todas las causas son iguales, no todas las violencias son iguales, dígalo quien lo diga. No todos los muertos son iguales. Hay la causa de Dios y la causa que se opone a la causa de Dios, hay la lucha por Dios y la lucha por EL DIOS DE LA RIQUEZA. Se puede morir del lado de los ricos y se puede morir del lado de los pobres. EL DIOS DE LA RIQUEZA, el Dios del Dinero, el endiosamiento del dinero, el imperio que se basa en la explotación, en el Capital, no es bueno. ¿Saben Ustedes cómo se define científicamente el "Capital", Capital no es riqueza, no es dinero, sino que es "DINERO que quiere ser MAS DINERO", riqueza que quiere ser MAS RIQUEZA, es decir que el Capital quiere que crezca y que aumente aquello que Jesús dice que es lo que más se opone a Dios.

Si DIOS y RIQUEZA son opuestos, el que lucha del lado del Capital, se la riqueza que quiere ser más riqueza, estará por ello siempre más en contra de Dios, cada vez más opuesto a Dios. Y el que lucha por los pobres, contra ese enemigo de Dios que es el dinero que quiere ser siempre más, estará del lado de Dios, será un soldado de Dios Y vi entonces a esos soldaditos casi de juguete, por lo tiernecitos y jóvenes que se miraban dentro de sus cajitas de muerto, los vi con otros ojos, con ojos muy distintos de como vi a los muertos del otro lado, porque estos soldados nuestros murieron por la causa de los pobres, luchando contra el otro señor, el señor contrario a Dios. . . ¿Lo sabrían ellos? me seguí preguntando. ¿Serían ellos conscientes de lo que hacían? Seguro, me dije yo, distinguían bien su causa de la del bando contrario, que ellos sabían bien que luchaban contra el imperio de la riqueza y por el bien de los pobres.

Pero San Mateo me sacó de las dudas, y ya vamos por el capítulo 7: (7, 21-23) "No todo el que me dice Señor, Señor entrará en el Reino de los Cielos,

sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” Muchos me preguntarán en aquél día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y no hemos hecho muchos milagros en tu nombre? Y entonces les replicaré “NUNCA OS HE CONOCIDO; apartaos de mí, los que realizáis la injusticia”.

Hermanos, es posible que incluso en el bando contrario, entre los contras de aquí y los de allá, haya gente que dice Señor, Señor, que va a misa, que recita la Biblia y que hasta hace milagros, hasta tiene para ello. Pero las palabras de Jesús son terminantes: Si realizan la injusticia, si callan ante la injusticia, el Señor les dice ya: Ustedes son malos, aunque hagan milagros, y digan Señor, Señor. Aquellos otros no dicen tanto Señor, Señor, pero hacen la voluntad de mi Padre, a esos sí que los conozco. Yo les veo el corazón y encuentro en él la marca, el sello de los míos. Ellos hacen la voluntad de mi Padre, ellos no hacen la injusticia, ellos luchan por la justicia.

Esos soldaditos casi niños en sus cajas de muerto todas iguales han perdido su vida por mí, por mi causa, y por eso, nos dice el mismo San Mateo en el Cap.10, encontrarán la vida, porque “el que pierda su vida por mí, la encontrará” (10-39), es decir, que se van a ir al cielo así no más, con sus uniformes y sus botas y sus mochilas y todo el equipo, aunque no hayan dicho Señor, Señor ni hayan hecho milagros ni supieran mucho de religión, porque su lucha es por la justicia y su muerte es la muerte del justo, que es “preciosa ante los ojos del Señor”.

Ese Reino de Dios hay que ganárselo, si es menester, por las armas: “Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos SE ALCANZA A LA FUERZA, y sólo los esforzados lo arrebatan” (11, 12). Como si Jesús dijera lo que la historia nos ha probado desde siempre: Los enemigos del Reino de Dios, es decir, los adoradores del Dios de la Riqueza, los que quieren que del dinero se haga más dinero, de riqueza más riqueza, a costa de quien sea, asesinando a la justicia en todas las veredas de nuestra Patria, esos poderosos de dinero NO VAN A DEJAR SUS PRIVILEGIOS DE BUENA GANA. Hay que obligarles a ello. Eso quiere decir Jesús cuando afirma que “el reino de Dios, el que nos dijo que era opuesto al de la riqueza, SE ALCANZA POR LA FUERZA”. La justicia rara vez viene por sí sola, hay que buscarla, hay que meterla a la fuerza. Porque la justicia no les va

bien a muchos, a la Justicia la pintan con los ojos vendados porque no conoce diferencia entre unos y otros, la pintan con una balanza en la mano, los dos platillos pesan igual, porque ante Dios son lo mismo el niño y el adulto, el sabio y el ignorante, los dos pesan ante Dios lo mismo.

Ahora sí que lo entendí del todo: Los que luchan y disparan y hasta se ven obligados a matar por traer el Reino de Dios, la Justicia, a la tierra, no son lo mismo que los que empuñan las armas en defensa de la injusticia. ¿Cómo puede ser igual disparar contra el que defiende a los niños que disparar contra el que asesina a los niños? Seguro que en la guerra de liberación no fué lo mismo la violencia del guerrillero que la violencia que ejecutó la Guardia Nacional, en casos como el que nos cuenta Omar Cabezas en su libro antes citado:

*“Porque a don Bacho Montoya, según me había contado Augusto Salinas Pinell, lo habían matado por culpa de un tipo que se nos desertó y que la Guardia lo capturó; había echado por delante a don Bacho y la Guardia había llegado donde él en la mañanita, en forma violenta, insultando, y la esposa de don Bacho que estaba haciendo un café negro, hirviendo el agua caliente para el café negro, cuando un teniente dijo: “vieja hije lagranputa, sálgase para afuera”, la viejita le contestó: “Sálgase usted miserable” y tomó la jarra de agua caliente y se la aventó al teniente, y le quemó todo el pecho y el cuerpo. E inmediatamente empezaron a golpearlos, torturarlos a los dos viejitos, les arrasaron el ranchito, se los botaron, agarraron a patadas el fogoncito, les desprendieron del techo las babosaditas en que ellos culegan las tacitas y el queso, la cuajada, le sacaron toda la ropita de las camas, y sus mudaditas, les rompieron el camastro de madera, les quebraron la mesa, sus huacales, sus ollas de barro, los sacaron a empellones, y los amarraron a un árbol a los dos ancianitos, y una vez amarrados, los mataron a golpes, luego sacaron al niño de tres meses de las ruinas de la casa y lo empezaron a tirar para arriba; cuando el niño venía cayendo para el suelo, ponían la bayoneta calada en los fusiles, para que el niño quedara ensartado allí, y luego lo sacaban de la bayoneta, y lo volvían a tirar para arriba y habían unos guardias, que cuando tiraban para arriba al niño y no les quedaba ensartado, porque nada más le prensaban el bracito, los guardias se burlaban de los que tiraban al niño y no podían ensartarlo en la bayoneta. Era la fiesta de los buitres. Y don Bacho, muerto a golpes ¡su gran alegría, me*

*acuerdo cuando hicimos contacto con él! ¡y la vida que irradiaba cuando lo vimos irse con nosotros a romper el cerco, parecía que vivía de nuevo y con su rabia comprimida desde cuando el general Sandino!”*

La tortura de esos dos ancianos y el juego asesino con ese niño eran el imperio de la injusticia en el mundo. Silenciar las manos y romper las bayonetas que eso hicieron, era traer la justicia a la tierra, era traer el Reino de Dios. Porque “el que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama” (12,30). Nuestros muertos, nos dice Jesús, son nada menos que sus hermanos:

“Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: Ahí tenéis a mi madre y mis hermanos. Pues quien haga la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese es mi hermano, y mi hermana y mi madre” (12, 48-49).

Todo esto tiene que ser verdad, mis hermanos. Pero todavía me quedaba la duda de si yo podía llamar santos, santificados, a esos soldados que tal vez no tuvieron esa vida que llamamos santa, que tuvieron desvaríos morales, tal vez fueron pecadores. ¿Qué es, hermanos, un Santo? Cuando el Papa canoniza a una persona, sólo quiere declarar con eso que está convencido de que esa persona es santa, es decir, que está en el cielo viendo a Dios. Y lo que importa aquí es de nuevo no lo que ellos dijeron, sino lo que hicieron. Aunque con sus palabras dijeran incluso lo contrario de lo que hicieron:

“¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y fue al mayor y le dijo Hijo, ve hoy a trabajar a la viña. El replicó: No quiero. Pero luego arrepentido, se fué. Y al segundo también le dijo lo mismo y contestó: Voy, señor, pero no fué.Cuál de los dos hizo la voluntad del Padre? Dicen: El primero. Y Jesús les dijo: Pues os doy mi palabra de que los publicanos y las prostitutas irán antes que vosotros al Reino de los Cielos. . .” (21, 28-32).

Hermanos míos: Hemos conseguido ver el camino de Dios, las huellas de Jesús en esos soldados que mueren cada día. Es posible que se llamen cristianos o que no se lo llamen, es posible incluso que digan que no quieren saber nada con el cristianismo. No importa: Ellos van a trabajar en viña aunque digan que no van, ellos dan la vida, no dicen que la

van a dar, por la justicia. Ellos son los hermanos de Jesús, porque hacen la voluntad del Padre. Ellos hacen la voluntad de Dios, porque luchan por la justicia en la tierra. Ellos hacen la voluntad de Dios porque mueren para que en el país donde la justicia social comenzó a hacerse realidad nos dejen seguir por este camino de justicia, que se nos deje montar en Nicaragua el Reino de Dios. A esos soldaditos que mueren por la revolución que se hizo y se sigue haciendo para defender la justicia, los están matando cada día los que quieren cada vez más dinero, cada vez más explotación, y que siga la injusticia.

**NO PEDIMOS POR LOS 23 MUERTOS EN COMBATE EN YALÍ**, sino que nos encomendamos a ellos, porque son nuestros mártires, nuestros Santos. Y si entre ellos había pecadores y prostitutas, no importa: Dios los vió sufrir y morir por la justicia y les dijo: A vosotros yo os conozco. Sois de los míos.

Veintitrés santos caídos en Yalí, en Corinto, en San Rafael, en Las Brisas, en todos los rincones de esta Patria de Santos:

Acuerdense de nosotros desde el Cielo.  
Dennos la fuerza para seguir usando de esa misma violencia para luchar contra la riqueza, contra el Imperio del Dinero,  
para **INSTAURAR LA JUSTICIA DE DIOS.**







